

CHILE Y EL TERCER MILENIO
EN EL PACIFICO



MARIO ARNELLO ROMO

1989

APARTADO

"Revista Chilena de Geopolítica", Volumen (Año) 5, Nº 2, Abril de 1989

CHILE Y EL TERCER MILENIO EN EL PACIFICO

MARIO ARNELLO ROMO

*Miembro Titular
Instituto Geopolítico de Chile*

RESUMEN

Los escenarios que se vislumbran en el futuro del océano Pacífico son muy claros. Uno de ellos es verlo como un centro de tensiones y presiones geoestratégicas y geopolíticas del mundo. El otro escenario es visualizarlo como una nueva forma de cooperación internacional.

En el siglo XXI, y a lo largo de todo el milenio, el Pacífico será un ámbito universal. Su mar, un espacio abierto, una ruta de conexión, de unión. Su magnitud universal, que se extiende a la mitad del planeta, va a ser decisiva en la construcción del futuro.

La universalidad también se da en su población y lo que ocurre en ella será determinante en el mundo del siglo XXI. Surgirán presiones geodemográficas que provocarán tensiones en la cuenca. Las diferencias culturales marcarán una dimensión distinta con un trascendental significado.

A Chile le cabe una gran responsabilidad en el rincón sudoriental de este océano. También tiene una responsabilidad compartida en todo el Pacífico Sur y en la Antártica y, además, en el sistema de cooperación transpacífica que se logre plasmar. Con una posición geográfica tan espectacular, tiene que concebir su propio rol, ya sea en la alternativa de la tensión, presión y confrontación, o en la de la cooperación internacional.

ABSTRACT

The sceneries that are visible in the future of the Pacific Ocean are very clear. One of them is to see it as a center of tensions and geostrategic and geopolitic pressures of the world. The other scenery is seen as a new way of international cooperation.

In the XXI century, and along the whole millenium, the Pacific will be a universal ambit. Its sea, an open space, a connection and joining route. Its universal magnitude, that is extended to the half planet, is going to be decisive in the construction of the future.

The universality is also in its population and what happens to it will be determining in the world of XXI century. It will arise geodemographical pressure that will provoke tensions in the basin. Cultural differences will mark a different dimension with a transcendental meaning.

Chile has a great responsibility in the Southeast corner of the ocean. It also has a divided responsibility within the whole South Pacific and in the Antarctic and, besides, in the transpacific cooperation system that will probably take form. With such an spectacular geographic position, it has to take its own role either in the tension, pressure and confrontation alternative or in that of international cooperation.

Es muy difícil visualizar el futuro y pretender siquiera vislumbrar un milenio; pensar cómo será el mundo a lo largo de ese milenio, qué significará la Era del Pacífico. Sin duda, ese milenio será la Era del Pacífico, aunque, también, haya quienes pretendan transformarla inútilmente en una Era espacial.

No conozco ciencia alguna que sea capaz de proyectar un análisis prospectivo de un milenio por venir, aun cuando existen síntomas capaces de anunciar cambios sinérgicos.

En cambio, es factible imaginar escenarios posibles, precisamente valorando los medios que impulsen esa sinergia. Por ejemplo, el impacto de los nuevos medios científicos y tecnológicos, llamados a tener hondas y definitivas repercusiones morales y sociales.

Ahora, cabe hacer una advertencia, porque es un falacia pretender que estos medios, que produzcan tales cambios, sean necesariamente una

panacea. Bastaría pensar que los mismos que han de conducir a escenarios optimistas, igualmente pueden llevar a escenarios desastrosos. Para abreviar, diría: en las reflexiones optimistas, la sociedad futura será infinitamente mejor; un nuevo proceso solucionará los más agudos problemas, llevando a la humanidad hacia formas superiores de conocimiento, democracia, desarrollo, internacionalización, bienestar y progreso; se piensa en la colonización del espacio, en poblaciones heterogéneas, genéticamente intervenidas, como otras expectativas de estos supuestos escenarios optimistas.

Por su parte, las perspectivas escépticas basadas en iguales premisas, en los mismos fenómenos y medios, ven que ellos aumentarán la marginación del hombre, crecerá su frustración y alienación en sociedades colectivas, como consecuencia del desempleo estructural que creará la automatización; lo ven sumirse en el totalitarismo, con la

pérdida de su libertad y privacidad, como consecuencia de centralizar la información y el control de ella; lo ven perder su identidad cultural y nacional en la dependencia total bajo el poder incontrarrestable del neoimperialismo y el neocolonialismo planetario.

Debemos concluir, pues, que si caben repercusiones tan diferentes con la acción de los mismos medios, quiere decir que no está allí sólo en ellos, necesariamente, la solución; sino que hay que volver a buscar esa diferencia entre una u otra alternativa, como siempre, en la intencionalidad y en la voluntad del hombre.

Son otros, pues, los parámetros que tendríamos que pesquisar para intentar aproximarnos a alguna visión del tercer milenio en el Pacífico.

Naturalmente que no hay ninguna bola de cristal que permita desentrañar esta situación. Pienso, en cambio, que si somos lógicos, racionales, realistas, podríamos buscar o empezar a buscar explicaciones en otra bola, no de cristal, sino en esta bola azul del planeta tierra. Este planeta terrestre nos puede llevar al encuentro de caminos para el análisis.

La geografía no miente; ese sería el primer análisis. Las condiciones que crea la geografía tampoco, aunque muchas veces los hombres no las observan. Si a este análisis de la realidad que nos muestra la geografía añadimos la sabiduría —capaz de aprender de la experiencia propia y ajena; de conocer la conducta del hombre, los caminos de la historia; las exigencias del éxito, la visión del porvenir y lo irrenunciable del ser—, tendríamos, entonces, resortes que nos permitirían ir entendiendo el futuro y, tal vez, podríamos aprender a construirlo con inteligencia y voluntad. El futuro del mundo, particularmente el de la cuenca del Pacífico en este milenio de la Era del Pacífico, mirado con esta transparencia de la geografía y con el prisma de una pretensión de sabiduría, quizás se nos hagan inteligibles. Y, entonces, estos análisis podrían orientar la conducta y comprender los caminos y exigencias que el porvenir puede traer.

Sin duda, los escenarios futuros serán diferentes. Pero prefiero suponer sólo dos alternativas, muy claras y simples:

En la primera, el océano Pacífico, como eje del acontecer de la creación de la historia del porvenir, pasa a ser el centro de las tensiones y de presiones geoestratégicas, geopolíticas, geodemográficas del mundo.

En la segunda alternativa, en el océano Pacífico es capaz de visualizarse una nueva forma de cooperación internacional, un sistema distinto de lo

que el mundo ha conocido a lo largo de estos cinco siglos en la Era del Atlántico.

Y, en ambos escenarios, preguntémonos: ¿Qué rol y destino cabe a Chile?

Chile, nación del Pacífico, con una posición geográfica tan espectacular en esta cuenca, tiene que concebir su rol propio; sea en la alternativa de la tensión, presión y confrontación, o en la de la cooperación internacional. En ambas, Chile tiene que determinar su propio quehacer.

Para poder entrever si la Era del Pacífico será un tiempo o un escenario de tensión o confrontación o de nuevas formas de cooperación, tendríamos, tal vez, que recordar o repasar muy apretadamente algunas ideas expuestas en este seminario.

Primero, la geografía. El océano Pacífico como la mayor unidad geográfica del planeta, superior por sí sola a la totalidad de las tierras emergidas del planeta: casi 180 millones de km², el océano, y 150 millones de km² las tierras sumergidas. Y este océano, con las naciones de su cuenca enterando fácilmente la mitad de la superficie del planeta, es un espacio oceánico, propiamente oceánico. Con esto quiero decir, con muy escasa penetración continental.

Otras características curiosas de este aspecto, es que drena, a pesar de su dimensión, sólo una séptima parte de las tierras del planeta. El Atlántico drena más del 40% de las tierras del planeta, carece de irradiación periférica y, tal vez por eso, históricamente hasta ahora, sólo ha tenido un impacto local o regional y ha carecido de esta profunda conexión con su entorno continental.

Destaquemos, como ejemplo, un solo punto. En la ribera oriental del Pacífico, de norte a sur, de más de 14 mil kilómetros, de los cuales Chile —pensémoslo— ocupa el 30%, no existe ningún puerto cuyo movimiento lo ubique entre los veinte puertos principales del mundo y no tiene mar esta orilla del océano. En cambio, la ribera occidental del Pacífico, más corta, de norte a sur, rota en archipiélagos, en islas-continentes, tienen puertos principales. Los puertos número, tal vez tres, cuatro y cinco del mundo son japoneses. Sus aguas marginales son de profunda importancia: los mares de Japón, Amarillo, de China, Java y Coral.

Sabemos que los océanos tienen, en sí mismos, un valor absoluto que puede ser determinado por su magnitud, ubicación, recursos naturales, renovables o no renovables. Y este valor se potencia y se incorpora culturalmente, sólo en la medida en que exista una relación de compenetración recíproca con las tierras emergidas adyacentes y con los pueblos que las habitan.

Es por eso que en la historia de esta geografía vemos que la presencia oceánica es más tardía que las que tuvieron los ríos o puertos y mares ribereños. La geografía pasa a ser un factor que retarda la entrada del océano en las culturas. La excepción, sorprendente, va a ser la cultura polinésica, que sí vive en el océano y llena el triángulo central, insular y oceánico del Pacífico.

La asimetría de este océano: la asimetría en su cuenca; en sus climas, corrientes y vientos; en las poblaciones de las tierras de sus orillas en el desarrollo y en el poderío de los pueblos, son factores todos que van a influir decisivamente, también, en el desarrollo futuro de la cuenca del Pacífico.

Sería muy largo sintetizar estos aspectos. Todas estas asimetrías, que por sí solas significan características fundamentales para condicionar las circunstancias que van a permitir el futuro de la cuenca del Pacífico.

Otra característica fundamental para este análisis, o para señalar algunos de los hechos que pueden conducir a escenarios futuros, es la universalidad que registra esta cuenca.

Universalidad, primero, en su ámbito. Es el mayor de los ámbitos de todos los tiempos y de todas las historias, que han centrado o que centrarán el acontecer de los pueblos. Su magnitud, con esta característica de ser, a la vez, un verdadero desierto oceánico —como decía Haushoffer— ha significado una barrera a través de la historia para los pueblos de sus orillas. Ha significado un aislamiento, una carencia de relación a través de estos espacios, casi absoluta durante milenios, muy acentuada en los últimos siglos, sólo hoy día no lo es, aunque muchos, tal vez por una especie de incompreensión o de retardo mental, puedan seguir creyendo o, por lo menos, vivir como si así debiera seguir siendo.

En el siglo XXI, ya tan próximo y, sin duda, a lo largo de todo el milenio, este océano será un ámbito universal. Especialmente, debemos considerar que el mar une; que lo que sí puede dividir solamente es la tierra; porque la tierra divide, sea por accidentes geográficos, difíciles y relativos, sea a veces, absolutamente, por accidentes políticos. En cambio, el mar es un camino, un espacio abierto, una ruta de conexión, de contacto, de intercambio. La magnitud universal del Pacífico y de su cuenca, que se extiende a la mitad del planeta, está señalando esta característica primera, que va a ser decisiva en la construcción del futuro.

Hemos pensado, por ejemplo, dónde está la antípoda de Valparaíso. En China, tal vez, a un centenar de kilómetros de Xian. La antípoda del cabo de Hornos está en algún punto de Siberia,

que habría que precisar. La de Panamá, que es importante porque marca la anchura máxima del Pacífico, se encuentra en la isla Flores en el mar de Java, uno de los mares del Pacífico. Esto sólo nos está revelando que esta característica de universalidad es la primera gran determinante del futuro en el próximo milenio y en el océano Pacífico.

También hay universalidad en el aspecto de su población. Esta es la mitad de la población del orbe, la mitad de la humanidad. ¿Cómo no va a ser una característica de universalidad? El año 2050 habrá en el Pacífico seis mil millones de habitantes. Más allá del año 2050 no me atrevo a hacer ningún pronóstico, pero la significación de esta magnitud, tan enorme, hace que el influjo de este aspecto de universalidad de la cuenca del Pacífico, pase a ser, también, determinante de lo que va a ocurrir dentro de ella y de lo que podrá ocurrir en el mundo.

En el océano Pacífico, por sus características geográficas, sus propios sucesos se desenvuelven y se resuelven dentro de sí mismo. Por lo tanto, esos seis mil millones de habitantes van a significar política, económica y vitalmente, tensiones, presiones, confrontaciones, posibilidades de mercado y, también significarán gigantescas presiones geodemográficas. Ya en el siglo XXI se van a sentir con fuerza, y en el siglo XXII serán casi incontrarrestables. Presiones geodemográficas que determinarán, sin duda, algunas de las mayores tensiones y repercusiones dentro de la cuenca.

Otro aspecto fundamental de esta universalidad está en el plano cultural: la universalidad en sus culturas. Analizada desde este punto de vista, la era del Atlántico —estos quinientos años que estamos celebrando, surgida detrás de las carabelas de Cristóbal Colón— fue la imposición, primero, y el monopolio, después, el pleno imperio aplastante de la cultura occidental, sobre todos los pueblos de las orillas del Atlántico. Este fue un océano de la cultura occidental. En Europa, las distintas variantes de los creadores de la cultura; en América, los trasplantes de aquellas, ignorando y eliminando a los pueblos originarios en la América anglosajona, o sometiendo a un mestizaje racial y cultural en la América hispana; o impuesta sobre las culturas autóctonas en el Africa. En toda la cuenca del océano Atlántico existía y era válida sólo la cultura occidental.

En la Era del Pacífico, en cambio —y esto va a repercutir en el tercer milenio—, existen y son válidas diversas culturas mucho más profundas en su significado de lo que pareciera pensarse. Al margen de las influencias mutuas, de las modificaciones que estas influencias produzcan, estas diferentes culturas —tan profundamente diferentes, aunque

usen las mismas herramientas—, van a marcar una dimensión distinta, un significado trascendente que no se ha estudiado jamás.

La cultura occidental —simplificándola, tal vez, al extremo— creó una ética, una lógica y una técnica. Y las impuso, a su conveniencia, sobre todos los pueblos; creó un nivel de desarrollo superior, en especial con el monopolio de su técnica. Pero, por una contradicción esencial ha entrado en una crisis, en un proceso en que su propia racionalización y secularización le está haciendo perder sus raíces; y su propia tecnología, en la que esa técnica se ha transformado, y le está haciendo negar sus valores.

En cambio, si miramos en el otro lado del Pacífico, tenemos en China una cultura de más de ocho milenios, que tiene raíz y hábitos propios que subsisten más allá de las vestimentas o disfraces de una ideología que las puedan cubrir. Inalterables. Un detalle: el gobierno chino recientemente ha construido la Biblioteca Nacional de Pekín, gigantesco edificio de 140 mil metros cuadrados, 14 hectáreas edificadas, pero usa elementos arquitectónicos iguales a los que encuentran en un viejo poblado descubierto en excavaciones cerca de Xian, de hace más de ocho mil años. ¿Qué nos revela esto? Una raíz no tocada por esa ideología, ni por la funcionalidad técnica.

En la cultura de Japón, con tres milenios claros, raíz y valores son tan fuertes que subsisten íntegramente, más allá de las tecnologías que puedan haber copiado a Occidente y que están ahora creando con su propia iniciativa. Tecnologías que usan, pero que no alteran su propia jerarquía de valores.

Y existen y subsisten otras culturas: malayos, melanésicos, polinésicos y, aún, los desorientados pueblos mestizos de Iberoamérica.

Esto creará una nueva ecuación, una universalidad, con posibles contagios, influencias, técnicas o tecnologías que todos usarán, pero darán una gran diversidad de resultados. Subsistirán diferentes identidades culturales, que otorgarán a la Era del Pacífico una connotación que ha de influir en la relación futura.

Universalidad, también dentro de esta cuenca, en sociedades, en políticas, en economías tan diferentes. Encontramos expresiones máximas de sociedades “informatizadas” en naciones de la ribera del Pacífico o, aún, de trabajo robotizado, mientras que por otro lado podemos llegar a encontrar en algunas islas melanésicas, verdaderas sociedades primitivas, viviendo aún períodos similares a los de la piedra tallada; u otros pueblos que defienden su cultura primitiva, valorándola porque es tanto más humana que la que ya se ha perdido en las ciudades avanzadas.

Estas diferencias son fundamentales. Meditemos sólo en este punto. Si se preservaran estas identidades no habría en la Era del Pacífico lugar para las ideologías totalizantes, ni tampoco para esas fórmulas teóricas, sean económicas o políticas, igualmente totalizantes. Las primeras, de origen occidental Este; las segundas, de origen occidental Oeste; pero ambas, igualmente, ideologías impuestas sobre la cultura. En cambio, esta diversidad de identidades culturales fuertes nos van a permitir, sin duda, en la medida en que ellas se conserven, garantizar una valoración cultural más universal y, por ende, más importante para concebir una alternativa de futuro.

Estas características de diversidad y de universalidad conducen a entender una dinámica diferente para percibir el porvenir y diversas concepciones y estrategias para poder crearlas. Y, vuelvo al ejemplo. El occidente europeo fue la expresión de una voluntad imperial. Creó el futuro con su poder y su decisión, utilizando ese monopolio de la técnica que él mismo había inventado. El occidente asiático en el Pacífico no expresará esta voluntad imperial. Será la paciencia y la creatividad. Como ya dominó la técnica, buscará la forma de hacer posible el futuro por el simple peso del tiempo y de la realidad. Quiero adelantar una idea que para mí es una convicción: el futuro de la cuenca del océano Pacífico, en alta medida, será una creación fuertemente influenciada por naciones del Asia.

Hacíamos referencia a las profundas desigualdades que existen en la cuenca del Pacífico, en su asimetría: cuatro cuadrantes tan diametralmente distintos, en todos los sentidos. Sobre estos cuatro cuadrantes pesarán los grandes desafíos del futuro; el desafío mismo que significa la Era del Pacífico.

Con ella viene una valoración de los espacios geográficos de este océano y comenzará a pesar sobre ellos esta importancia trascendente. Otro desafío: las presiones geodemográficas. Un Asia desarrollada, progresando, superpoblada, buscando espacios nuevos, espacios vacíos o poco poblados. Este será un desafío que hay que considerar bien, los mismos desafíos o presiones geodemográficas de los pueblos de naciones pobres hacia las naciones ricas, que ya se ven y que irán en incremento a medida que avancen los siglos próximos. O, también, la migración de la ruralidad hacia varias ciudades o hacia una ciudad, como es la tendencia iberoamericana; migraciones que dejan más espacios vacíos y crean, en consecuencia, un incentivo para que se repita esta dinámica que marcarán las presiones geodemográficas del futuro.

Los desniveles de ciencia y tecnología configuran otro desafío que ya forma parte de la realidad

de esta cuenca. Vendrá a sumarse a los otros, acentuándose su peso por la interacción que se genera acercándose, quizás, a esa sinergia que indicáramos al comienzo. Por la relación de espacio-población —nivel de desarrollo— comprensión cultural, con la excepción, por su sola dimensión, de la isla continente de Australia, el mayor peso de estos desafíos recaerá sobre el litoral oriental del océano Pacífico.

Tendríamos que concluir que el tercer milenio en el océano Pacífico no es un cuadro ya pintado. Tampoco se sabe cómo se va a pintar. Es una materia en la que hay que pensar, buscar caminos, modelar soluciones. Ahora, la mejor manera de precisar algunos de estos alcances es mirar lo que nos corresponde reseñar, aunque sea en tres pinceladas, la situación de Chile en el Pacífico a lo largo del siglo XXI, tal vez del XXII.

Chile —y siempre la condicionante inicial es la geografía— tiene una posición geográfica dominante en el cuadrante sudoriental del Pacífico.

Se extiende sobre un arco terrestre que cubre más de treinta y ocho grados, el litoral del cono Sur de América y continúa después de un salto de más de novecientos kilómetros de mar, otros veinte grados en antárticas. Marca así un arco que realmente tiene, en relación con el océano Pacífico, el control de situaciones incuestionables: la conexión del cono Sur; el paso hacia el océano Atlántico, el acceso más permanente a la Antártica, el dominio de las rutas australes y de las aéreas transpolares; en sus islas oceánicas y particularmente en Pascua tiene una dimensión que no sólo da la forma definitiva de Chile, en un gigantesco triángulo y no en una faja vertical, sino que marca un punto focal en la enorme elipse del océano Pacífico, como desierto oceánico: el punto focal Sur, justamente es chileno, es la isla de Pascua.

Con esta posición geográfica dominante, Chile tiene tres posiciones geopolíticas que le van a condicionar su futuro. Querámoslo o no, lo que sucede con los espacios geográficos y con las posiciones geopolíticas es que si una nación las desarrolla y las potencia, es capaz de crear positivamente su destino. Si las ignora, no las desarrolla, ni les da prioridad alguna, esa nación está cavando su propia fosa, porque son otras las que van a entrar a dominar esas posiciones geopolíticas, esos espacios y van a dominarlas o a destruirlas. En efecto, Chile detenta la posición austral, magallánica-antártica; la posición de litoral Pacífico del cono Sur de América; y la posición central focal Sur en el océano Pacífico. Por ello, necesariamente, su destino está marcado en el océano y tiene la obligación de determinar su rol propio,

en ese ámbito y tiempo, acorde al destino que anhela realizar.

Las presiones que vendrán sobre este arco ex-céntrico del Chile litoral del cono Sur de América o sobre la posición austral, o sobre nuestra propia posición oceánica, aunque ya son fácilmente perceptibles en la actualidad, se van a dejar sentir con mayor fuerza durante el siglo próximo. Creo poder demostrarlo mezclando cosas que ya son actuales con lo que se incrementará en el futuro. Para tal efecto, quisiera reseñarles cinco políticas de potencias importantes y poderosas, ajenas a este cuadrante sudoriental del Pacífico, que se dejarán sentir sobre nuestra nación o que ya lo están haciendo.

Primera: Influir política o económicamente sobre el gobierno y la nación.

Segunda: Actuar estimulando la subversión interna para producir cambios que favorezcan a esa otra potencia.

Tercera: Participación creciente, económica y tecnológica, que permita de alguna manera estar en condiciones de ir interviniendo sobre la nación y su gobierno.

Cuarta: Emigración creciente, que tenderá con el correr del tiempo a un poblamiento masivo, aprovechando precisamente las catorce mil islas deshabitadas que tiene Chile o el cuarenta por ciento de nuestro litoral, incomunicado y despoblado.

Quinta: La posibilidad de tener una posición territorial, un puerto o un enclave propios, para estas potencias en el litoral sudoriental de América.

Para no extenderme, pensemos en Colcura o en el intento soviético de un puerto pesquero en el norte del Perú, o pensemos, sería cosa de cinco minutos, en lo que podría suceder si Chile cae en la debilidad de otorgarle un puerto en su territorio a alguna nación que no tiene litoral en el Pacífico. Naturalmente no sería de ella, sino que sería alternativa o sucesivamente para el uso y manejo de otras potencias.

Estas cinco políticas de grandes potencias de hoy, y naturalmente políticas acrecentadas en el futuro, se aplicarán sobre Chile, siempre. En esto, no caben los romanticismos ni los autoengaños. Por cierto, que serán más y más fuertes las presiones y amenazas si el sistema del Pacífico cae en la alternativa de la tensión y de la confrontación; y mayores las influencias políticas, la subversión o el buscar una posición dentro de nuestro litoral. Pero habrá igual tipo de tendencias, de políticas similares si se dieran formas de cooperación. En ese caso, tal vez no serían tan agudas la primera

ni la segunda política, pero sí las señaladas en tercer, cuarto y quinto lugar. Se van a sentir fuertemente si los espacios que están vacíos, despoblados, improductivos o mal utilizados continúan así; si las posiciones geopolíticas que se detentan no se desarrollan: si el Estado no asume su rol propio con clarividencia y solidez; es decir, si no cumple con las exigencias que toda nación tiene para poder preservarse y perdurar.

En el tercer milenio yo advierto —como si lo estuviera viendo—, que todos estos terrenos no poblados, incomunicados o improductivos, van a ser declarados patrimonio común de la humanidad. Ya se está percibiendo. Primero fueron los cuerpos celestes; luego, los fondos de la alta mar; ahora quieren que sea la Antártica. En cien años más, todos los espacios despoblados serán declarados patrimonio común para una humanidad que estará excediendo los once mil millones de habitantes. Y ¿quién podría negarse?, ¿con qué justicia se dirá?— ¿y con qué fuerza?...

Por eso, hay que entender que para una nación como la nuestra, mirar el porvenir significa comenzar a superar los desafíos. Y para ello, como ya tantas veces hemos dicho y repetido, debemos forjar la conciencia marítima en los chilenos, desarrollar, poblar y comunicar el litoral y las regiones extremas, debemos también visualizar que el destino de Chile es oceánico, y saber crearlo.

Estas exigencias son fundamentales y concor-

dantes. Implican, concretamente, concebir un rol propio para Chile en el Pacífico.

En la asimetría del océano Pacífico, Chile tiene una responsabilidad excluyente en el rincón sudoriental de este océano. Pero, también, una responsabilidad compartida en todo el Pacífico Sur y en la Antártica, y, ya en términos más generales, debe asumir su responsabilidad en el sistema de cooperación transpacífica que se logre plasmar.

Nuestro rol propio a lo largo de los siglos próximos, y sin duda lo será también a lo largo de todo el tercer milenio, es y será perfilar, construir, rectificar, realizar ese rol propio, este destino oceánico de Chile, única forma para que nuestra nación perdure y prevalezca.

Por todo lo dicho, si volvemos a preguntarnos ¿Qué sucederá en el Pacífico, en el tercer milenio?, mi respuesta es la misma. Una u otra de esas dos alternativas posibles: la confrontación, las tensiones, las presiones planetarias volcadas en este espacio, acorde con las características universales del océano Pacífico, o bien, un sistema de cooperación transpacífico, universal también, que es posible realizar y sostener en esta cuenca.

En ambas alternativas, inevitablemente el deber de los chilenos y el rol propio de Chile es el mismo: forjar nuestro destino oceánico y, con él, ser capaz de ayudar a fraguar esta perenne alternativa de paz.